

BIBLIOTECA

371
DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.





LA SIRENA DE PARIS.

Drama en cinco actos, arreglado á la escena española por D. Luis García Luna, para representarse en Madrid el año de 1861.

PERSONAJES.

CRISTINA.
TERESA.
LA MARQUESA DE GUEBRIAC
MAGDALÉNA.
RAYMOND.
ANDRÉS.
ARMANDO.
HECTOR.
LUCENAY.
MULLER.
FRITZ.
LA REYNIE.—*Acompañamiento.*
UN LADRON.

La acción pasa en París, por los años de 1640.

ACTO PRIMERO.

Un salon en casa de la Marquesa de Guebriac.—Puerta al fondo y laterales.—Un balcon en primer término á la derecha.—Muebles lujosos.

ESCENA PRIMERA.

Al alzarse el telon, está la MARQUESA sentada leyendo en un libro; ARMANDO con sombrero y espada entra por la derecha.

ARM. Me llamábais, madre mia?

MARQ. Sí; soy tan feliz cuando te tengo á mi lado!

ARM. Cuánta bondad!... Por desgracia no puedo estar con vos sino algunos instantes.

MARQ. Vas á salir?

ARM. Vuelvo antes de una hora.

MARQ. A dónde vas?

ARM. A las Tullerías, donde me esperan algunos amigos.

MARQ. Solo... y á pié?

ARM. Es claro; hace un dia hermosísimo... y de aquí á la Puerta de San Honorato solo hay un paseo.

MARQ. Armando, hijo mio, ten cuidado.

ARM. Por qué?

MARQ. Por esos peligros misteriosos y desconocidos, cuyo solo recuerdo dá pavor.

ARM. En efecto, pareceis muy agitada... De qué peligros habláis, madre mia?

MARQ. De los que hace algun tiempo amenazan á los jóvenes de la grandeza; de esas horribles desapariciones...

ARM. Bah! Nada mas que eso? Permitidme que no comparta vuestra inquietud.

MARQ. Cómo! Dudarias?...

ARM. Creo que hay en todo eso mucha exageracion.

MARQ. Sin embargo...

ARM. Que se hayan cometido en París algunos crímenes nocturnos, es posible, y yo los deploro; mas, por esto debe introducirse el pánico en el campo de los caballeros? Habrán de encerrarse todos los hijos de familia sin atreverse á poner el pié en la calle, por miedo de encontrar no sé qué orda de asesinos? Eso seria indigno. Además, que suceda lo que quiera, no llevo mi espada? Ya les daria yo que hacer á los tales foragidos.

MARQ. Eres valiente, hijo mio, valiente hasta la temeridad, lo sé; y por eso precisamente es mayor mi inquietud. Escúchame, Armando, no exijo que me sacrifiques los placeres y distracciones propios de tu edad; pero sé prudente, te lo suplico. Sean quiméricos ó no, acuérdate de mis temores... Desde que perdí á tu padre, tú eres mi único amor en la tierra; he concentrado en este amor toda la ternura de mi alma. Tú eres mi vida, mi alegría, mi orgullo. Qué seria de mí si te perdiera? La desesperacion me mataria.

ARM. Madre mia!

MARQ. No olvidés esto, hijo mio... piensa en que el valor no está reñido con la prudencia, y vela por tí, si me amas, si quieres que yo viva.

ARM. No temais nada, madre mia; por vuestro amor, si es preciso, seré tímido, cobarde...

MARQ. Hé ahí una promesa que tú no puedes cumplir.

ARM. Pero al menos me acordaré de vuestras recomendaciones, de vuestro reposo. Estais ya tranquila?

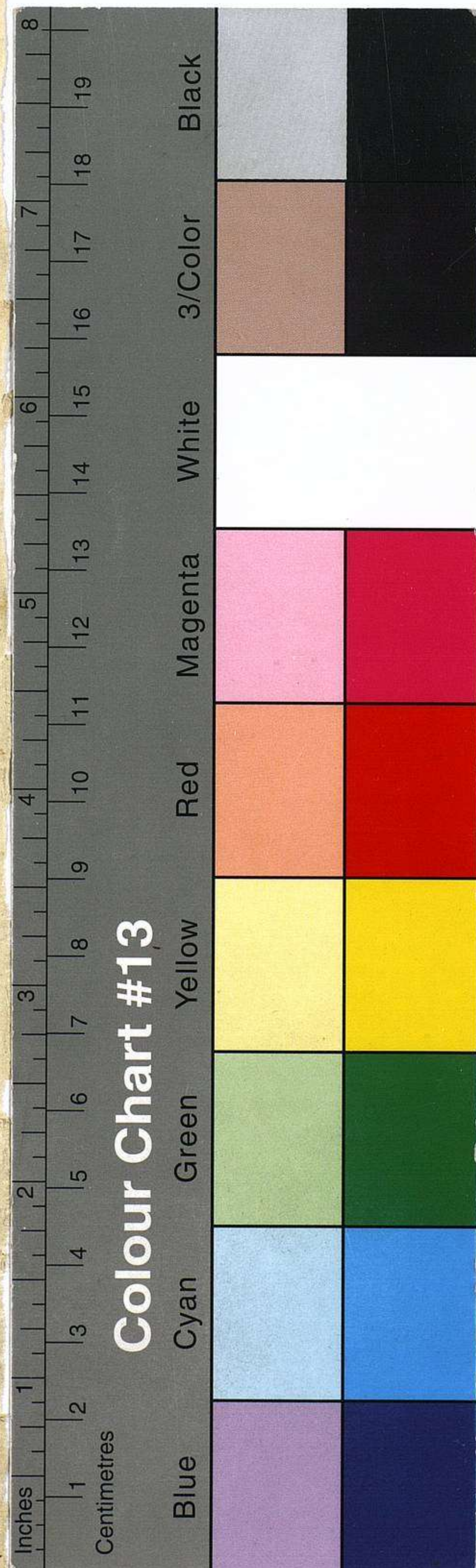
MARQ. Sí; y no te olvidés de que esta noche se celebra tu cumpleaños.

ARM. Estaré aquí cuando principie el baile. Adios, madre mia, hasta luego.

ESCENA II.

LA MARQUESA; despues MOREL.

MARQ. Ah! no estoy tranquila... no puedo estarlo! Desde que acontecen esas horribles desapariciones, el corazon se me oprime cada vez que mi hijo se separa de mí...



Me asaltan funestos presentimientos, y siempre me pregunto si le volveré á ver.

MOR. Señora marquesa?...

MARQ. Qué queréis, Morel?

MOR. En la antecámara hay un hombre, que se llama Pedro Raymond.

MARQ. Raymond aquí!

MOR. Acaba de entrar acompañado de un joven, hijo suyo, según parece, y pregunta si puede recibirle la señora marquesa.

MARQ. Sí, sí, que entre, que entre en seguida.

ESCENA III.

LA MARQUESA, RAYMOND, á quien introduce MOREL.

RAY. Perdonadme, señora marquesa, si me he permitido...

MARQ. Bien venido seais. Sabéis que siempre tengo un placer en veros.

RAY. Sé, señora, que vuestra bondad no se ha desmentido nunca para conmigo.

MARQ. Por mi parte es justicia. Teneis alguna buena noticia que anunciarme?

RAY. Ninguna, señora; solamente he aprovechado la ocasión de ser hoy cumpleaños del señor marqués, para ofrecer mis respetos y presentaros mi hijo Andrés.

MARQ. En efecto, me han dicho que os acompañaba... Por qué no ha entrado con vos? Hace tanto tiempo que no le veo!

RAY. Antes deseaba hablar á solas algunas palabras con la señora marquesa.

MARQ. Hablad, os escucho.

RAY. La última vez que tuve el honor de veros, os dignásteis ofrecerme que os ocuparíais de mí...

MARQ. Y no he olvidado mi promesa.

RAY. Habreis tenido la bondad de recomendarme al lugar-teniente de policía?

MARQ. He hecho mas; le he hablado personalmente.

RAY. Y qué ha contestado?

MARQ. Podeis tener esperanzas.

RAY. Ah, señora! Está escrito en el cielo, que sereis en todo nuestra Providencia!

MARQ. Eso no vale la pena... llamad á vuestro hijo.

RAY. Ya sabéis que ignora...

MARQ. No temais nada.

RAY. Andrés! Entra. Inclínate ante la señora marquesa,

ESCENA IV.

Dichos, ANDRÉS.

MARQ. Acercaos, hijo mio.

AND. Señora...

RAY. No es verdad que es un retrato perfecto de su pobre madre?

MARQ. Sí; tiene el mismo rostro pálido é inocente; su misma mirada á la vez enérgica y dulce.

RAY. Acércate, acércate, no temas.

MARQ. Os causó miedo, amigo mio?

AND. No señora; pero...

RAY. El respeto, la timidez... es preciso dispensarle. Además, ve á tan poca gente en nuestra casita del barrio del Arsenal! La señora marquesa es la noble protectora, de quien tantas veces te he hablado.

AND. Señora!

RAY. El angel tutelar de la ciudad de Bretaña, donde tú has nacido... la protectora de nuestra familia... Ella cuidó de tu infancia, veló á tu madre moribunda, y endulzó la amargura de sus últimos momentos.

AND. Mientras duró aquel largo viaje, que tanto tiempo os tuvo separado de nosotros, no es cierto?

RAY. Sí...

AND. No le he olvidado, padre mio... Me enseñasteis á

bendecir el nombre de esta señora, y mezclarlo todos los dias en mis oraciones.

MARQ. Sé, Raymond, que educáis á vuestro hijo como á un verdadero cristiano.

RAY. Soy breton, señora. Lo que me enseñaron mis padres, lo enseñó á mi hijo.

MARQ. Qué edad teneis?

AND. Diez y ocho años.

MARQ. Y en qué os ocupais? En qué pasais el tiempo?

AND. Una gran parte del dia la consagro al estudio.

MARQ. Quereis hacer un sábio de vuestro hijo?

RAY. No señora; pero si un alma honrada é inteligente, que conozca á los hombres y comprenda á Dios.

MARQ. Tan joven todavía!... Siempre no podreis estudiar.

AND. Tenemos un jardincito, y en él paso las horas de ocio, sembrando y cultivando flores.

MARQ. Y esas son vuestras únicas distracciones?

AND. Sí, señora.

RAY. Acaso esta educacion os parecerá muy austera; pero me ha parecido la mas conveniente.

MARQ. Y teneis razon; la vida de París tiene muchos peligros para los jóvenes... hoy, sobre todo.

RAY. Es verdad. Sin embargo, temo que esa vida tan retirada tenga sus inconvenientes.

MARQ. Cómo?

RAY. Hace algun tiempo que noto en él cierta tristeza, cierta melancolía... y esto me inquieta mucho.

MARQ. En efecto, su rostro no espresa la alegría propia de la juventud. Suponeis el origen de su pena?

RAY. No. Qué pena puede tener? Cuando le pregunto sobre eso, me contesta que nada le falta para ser feliz.

MARQ. Dejad que yo le examine... Quizás conmigo sea mas sincero.

RAY. No me atrevia á pedir ese favor; pero lo acepto con reconocimiento. Hasta luego, hijo mio, vuelvo muy pronto.

AND. Te vas?

RAY. Sí; un negocio importante me obliga á ausentarme por algunos momentos; pero la señora Marquesa consiente en que te quedes con ella. Es un grave favor del que debes mostrarte orgulloso y digno.

ESCENA V.

ANDRÉS, LA MARQUESA.

AND. (Es singular...! Esa brusca partida... Ese aire misterioso...)

MARQ. Ya estamos solos, querido Andrés. Hablemos de vos.

AND. De mí, señora?

MARQ. Mi hijo, cuando tenia vuestra edad, me confiaba todos sus pensamientos; yo era árbitra de sus alegrías y de sus penas. Quereis imitarle? Quereis responderme, como si yo fuera vuestra madre?

AND. Conozco vuestra bondad y vuestra indulgencia, señora.

MARQ. Pues bien, eso debe daros confianza. Habladme con sinceridad. Hace algun tiempo que estais triste, pensativo...

AND. Yo?

MARQ. Y eso aflige á vuestro padre.

AND. Señora... él os ha dicho?

MARQ. Que le ocultais algun secreto, y me ha conferido el encargo de adivinarlo.

AND. (Turbado.) Un secreto...!

MARQ. (Tomándole la mano.) Vamos, hijo mio, abridme vuestro corazon. Confíadme la causa de vuestras penas. Consisten en la vida monótona y retirada que llevais?

AND. Esa vida conviene á mis inclinaciones, á mi situacion... y no deseo otra.

MARQ. Pero sin desear confundirse en el bullicio del mundo, sentís acaso no tener amigos de vuestra edad.

AND. Qué amigos serían mas leales, mas firmes y mas indulgentes que mi padre?

MARQ. Luego no deseais nada; no teneis ninguna pena?

AND. Ninguna, señora.

MARQ. Sin embargo, esa tristeza tendrá algun origen.

AND. Y qué adelantaria con decíroslo? Por buena y poderosa que seáis, no podreis nada contra mis tormentos.

MARQ. Luego los teneis? Cuáles son? Hablad. Proceden acaso del amor?

AND. Señora...

MARQ. Sí, sí... he adivinado. Ese es el secreto de vuestra melancolía, no es verdad?

AND. Pues bien...

MARQ. Seguid, seguid.

AND. Es cierto. Amo.

MARQ. Comprendo. Sentís todas las inquietudes de un primer amor. Y á quien amais?

AND. A una jóven á quien ví hace un mes por casualidad en el templo. La misa estaba en el ofertorio. Ella arrodillada oraba con fervor. No sé cómo mis ojos se volvieron hácia ella, y al verla quedé suspenso como si se me hubiese aparecido un ángel. Era hermosa como la imágen de la Virgen. Terminada la misa, salió acompañada de una mujer que sin duda seria su dueña. Yo permanecí mucho tiempo estasiado, y solo volví en mí al oír la voz de mi padre. Salí de la iglesia, llevando mi amor, impresa en mi alma aquella vision celeste.

MARQ. Y habeis vuelto á ver á esa jóven?

AND. Sí, varias veces. Mi padre salía con frecuencia de casa, y yo me aprovechaba de su ausencia para ir al templo. Allí, á la hora de los oficios, encontraba al objeto de mi amor y la contemplaba con embriaguez.

MARQ. Y ella ha reparado en vos? La habeis hablado?

AND. Nunca. Solamente un dia nos encontramos al salir en la puerta de la iglesia. Estendimos las manos á un mismo tiempo para tomar agua bendita, y chocaron involuntariamente. Ella alzó sobre mí los ojos... hicimos juntos la señal de la cruz... Ah, señora! En aquel instante fuí muy dichoso! Me pareció que nuestros corazones se habian confundido en la misma plegaria, y que Dios acababa de bendecir nuestro amor.

MARQ. Pobre niño! Pero quién es esa mujer á quien tanto amais?

AND. No lo sé.

MARQ. Ni su nombre, ni su casa?

AND. Tampoco. Hubiera podido seguirla; pero seguir á una mujer sin su consentimiento, me parece que es insultarla.

MARQ. Y sacrificais vuestro reposo, vuestra felicidad á semejante quimera! Sabeis si esa mujer es libre?

AND. Cielos! Qué decís...?

MARQ. Y aunque lo fuera, pueden alzarse entre los dos, obstáculos de nacimiento, de fortuna...

AND. Ah! Yo no habia pensado en eso: solo pensaba en amarla.

MARQ. Además, teneis diez y ocho años, y sois muy jóven para casaros. Vamos, mi querido Andrés, es preciso ser razonable. Prometedme que no volveréis á ver á esa jóven, que la olvidareis.

AND. Puedo prometer lo primero; mas lo segundo es imposible.

MARQ. Un poco de ánimo, de resolucion, hijo mio; si no por vos, al menos por vuestro padre.

AND. Por él! Pues bien, sí; tendré ese valor; pero os suplico que no le digais nada de la confesion que acabo de hacer; no puede hacer nada por mi felicidad, y sufriría mucho sabiendo que soy desgraciado.

MARQ. Os comprendo, y me callaré; pero á condicion...

AND. Es él! Silencio!

ESCENA VI.

Dichos RAYMOND; despues MOREL.

RAY. Heme aquí, Andrés. Ya ves que no he tardado; vengo á buscarte.

AND. Estoy pronto á seguiros.

RAY. Y bien, señora, habeis podido averiguar...?

MARQ. Sí; no os alarmeis. No hay nada que merezca la pena...

RAY. Ah! Cuánto me alegro! Esa seguridad que me dais, me hace muy dichoso.

MOR. Señora Marquesa, acaban de llegar varios convidados.

RAY. Vamos, Andrés, saluda á esta señora, y partamos.

MARQ. (Indicando una de las puertas de la derecha.) Por aquí. Id con Dios, Raymond, y contad siempre conmigo. (A Andrés.) Hasta la vista, hijo mio. Valor! Acordaos de que yo reemplazo á la madre que habeis perdido.

AND. Y yo, señora, os profeso la ternura y el respeto de un hijo.

ESCENA VII.

LA MARQUESA, ARMANDO, LUCENAY y convidados.

ARM. Por aquí, señores, por aquí! Ya veis, madre mia, que he cumplido mi palabra. Apenas ha anochecido, y ya estoy de vuelta.

MARQ. Te doy gracias por la exactitud.

ARM. He cumplido con mi deber. (Se acerca á las señoras y las saluda.)

MARQ. Este es para mí un dia de felicidad. Hace hoy veinte y cuatro años, que conocí la dicha mayor que el cielo nos concede, la dicha de ser madre.

ARM. Hay otra mayor todavía.

MARQ. Cuál?

ARM. La de ser vuestro hijo.

MARQ. Querido Armando! (Volviéndose á los convidados.) Vamos, señores, las mesas de juego están en esa otra sala. El baile empezará pronto... Si quereis seguirme... (Los caballeros dan la mano á las señoras y salen con la Marquesa por el fondo.)

ESCENA VIII.

ARMANDO, LUCENAY.

ARM. Ahora, amigo mio, viva la alegría!

LUC. Tiene una satisfacción que resplandece. Nunca te he visto tan contento.

ARM. Tengo motivos para estarlo.

LUC. De veras? Te ha abierto algun judío crédito ilimitado?

ARM. Qué locura!

LUC. Pues de qué se trata?

ARM. De la aventura mas picante y mas deliciosa..

LUC. Galante, por supuesto.

ARM. Sí; de una novela intrincada, que ya llega á su desenlace.

LUC. Vamos, cuenta.

ARM. He aquí la historia. Yo...

UN CRIADO. (anunciando.) El caballero Hector de Beaupignon!

ARM. Hector!

LUC. Quién es?

ESCENA IX.

Dichos, HECTOR.

HECT. Soy yo, señores. El Sr. Marqués de...? Ah! Ya le veo! Buenas noches, Marqués.

ARM. Buenas noches, Hector; es un caballero de Bretaña, vecino mio.

La Sirena de París.

HECT. (*saludando.*) Caballero...
LUC. (Linda facha de provincial!)

ARM. Y desde cuándo estais en París?
HECT. Hace tres días.
ARM. Os agradezco mucho que os hayais acordado de mí!
HECT. Si tal. Cuento con vos para que me deis á conocer esta gran ciudad, á la que vengo por primera vez.
ARM. Podeis disponer de mí... Justamente llegais en ocasion oportuna. Mi madre dá un baile esta noche...
HECT. Oh! No quisiera ser importuno...
ARM. No tal; os presentaré á la Marquesa, á esas señoras...
HECT. Hay señoras?
ARM. Es claro.
HECT. Estoy en negligé, con este trage de camino...
LUC. Entonces, caballero, cual es vuestro trage de gala?
HECT. Con que estoy pasadero...?
LUC. Y mucho.
HECT. Pues aun tengo otros trages mejores. Ya vereis, Marqués, ya vereis. Prometo haceros honor.
LUC. Ya lo creo!
HECT. Es que tal como me veis, tengo proyectos hostiles... Me traen á Paris ideas de conquista y de seducción.
LUC. Pues cuidado, que en estos momentos las aventuras en París tienen sus peligros...
HECT. Sí?
LUC. Hace ya tiempo que de cuando en cuando desaparecen algunos caballeros...
HECT. Bah! bah! bah!
ARM. Os reis?
HECT. Os quereis burlar de un provinciano...
LUC. Os juro...
HECT. Tonterias! Que vengan á robarme á mí.
LUC. Y á propósito, Marqués. No ibas á contar una aventura?
HECT. Una aventura! Contadla, contadla; yo no estorbo... me muero por las aventuras.
ARM. Habeis de saber, que hace algunos dias ví á una jóven de extraordinaria hermosura. Cabellos rubios como el oro; talle de ninfa, ojos...
LUC. En fin, una maravilla.
ARM. Tú lo has dicho.
HECT. La boca se me hace agua!
ARM. Aquella jóven tenia el aire muy modesto, é iba acompañada de una dueña... Apesar de mi ardiente deseo de trabar conversacion con ella, tuve que limitarme al lenguaje de los ojos; pero mis miradas eran tan espresivas, que la desconocida debió observarlas.
HECT. Ya lo creo. Y no os habló la niña?
ARM. No.
HECT. Qué severidad de principios!
ARM. Ya daba por terminada la aventura, cuando hoy... Juzgad de mi sorpresa, de mi felicidad...
HECT. Y LUC. Qué?
ARM. En el instante de salir del jardin de las Tullerías, cerca de anochecer, la dueña se acercó misteriosamente á mí...
HECT. Ola!
ARM. Y sonriendo con aire de inteligencia, me deslizo en la mano un billete.
HECT. Ola! ola!
LUC. Y qué te decia en él?
ARM. Que me encontrase esta noche á las nueve en un sitio que me designaban, y que allí vendrian á buscarme para conducirme al lado de la hermosa desconocida.
HECT. Una cita?
ARM. Si, señores. Ya comprendereis mi alegría, mi felicidad. Esta noche á las nueve voy á gustar los encantos de una entrevista, con esa jóven seductora.
LUC. Has nacido con fortuna.
ARM. (*llamando.*) Morel! Tengo que dejaros, señores! (*á Morel que aparece.*) Mi capa, pronto!

MOR. Quiere el señor marqués que le acompañe?
ARM. Es inútil. Despáchate.
LUC. No te despides de la marquesa?
ARM. No, no; me haria observaciones... quizás estaria con cuidado... Mejor es que no sepa nada. Además, estaré de vuelta antes de que termine el baile.
LUC. Marqués, si fuese algun lazo...
ARM. Qué locura! Voy armado, por lo que pueda suceder.
MOR. Aquí teneis la capa, señor.
ARM. Bien. Ayúdame. (*Morel le pone la capa.*) Hasta la vista, señores.
HECT. Y LUC. Hasta la vista.
HECT. Buena fortuna.
ARM. Gracias.
HECT. (Caramba, qué dichoso es!... Si yo estuviera en su lugar... Necesito á todo trance una cita).

ESCENA X.

Dichos, LA MARQUESA, CONVIDADOS.

MARQ. No veo á mi hijo en ninguna parte... Sabeis dónde está?
LUC. Acaba de salir, señora.
MARQ. Tan tarde!...
HECT. Tenia que despachar un negocio muy importante...
MARQ. Un negocio!
HECT. Tranquilizaos, es un negocio agradable. Ojalá que yo...
LUC. Además, volverá pronto.
MARQ. Salir solo, y sin despedirse de mí!... Ah! No sé por qué un triste presentimiento... (*oyese dentro la voz del pregonero que dice:*)
Voz. «Estraña desaparicion de caballeros... en nombre del rey, se dará una recompensa de veinte mil libras...» (*la voz se pierde.*)
MARQ. Dios mio, velad por él! (*se deja caer en un sillón; todos la rodean.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete en casa del doctor Muller. En el fondo una puerta de entrada á la derecha, y en primer término una ventana: á la izquierda dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

El doctor MULLER y alguna gente del pueblo que viene á consultarle.

UNA MUJER. (*presentándole un niño.*) Señor doctor, yo no sé que tiene el angelito; pero ello es el caso, que de cuatro dias á esta parte no se lleva un bocado á la boca; le asaltan unos temblores que da compasion el verlo, y se pone de cada vez mas enteco y amarillo... Además, siente como unos mareos... y como unos... asi, como si dijéramos, en...
MUL. (*interrumpiéndole con tono brusco.*) Basta! yo veré por mi mismo cuál es su enfermedad.
LA MUJ. Desde luego que vos sabreis mucho mejor que yo... pero...
MUL. Pero... qué? Si lo comprendeis así, callad y dejadme hacer. (*al niño.*) Dame la mano.
LA MUJ. Vamos, hijo mio, dale la mano al señor doctor...
MUL. (*despues de tomarle el pulso al niño, lo examina en silencio y toma de un estante un pequeño frasco que le entrega á la madre.*) Tomad este frasco; es preciso que le deis á beber todos dias dos cucharadas del líquido que contiene...
LA MUJ. Y... perdonad la curiosidad; pero, cómo se llama esto?

MUL. Qué os importa cómo se llama con tal que cure?
 LA MUJ. Con qué vos creis que esto del niño no será nada?
 MUL. Nada.
 LA MUJ. Y que se restablecerá pronto?
 MUL. Pronto.
 LA MUJ. Y qué...
 MUL. (impaciente.) Vamos, basta; á otro.
 (Todos los enfermos se adelantan hablando al mismo tiempo, y pugnando por ser los preferidos.) Señor doctor!!
 Señor doctor!!
 MUL. Poco á poco; cada uno á su vez; tú, ven aquí. (á un hombre del pueblo.) Cómo tienes el brazo?
 EL HOMB. Perfectamente bien.
 MUL. Vamos, me alegro.
 EL HOMB. Gracias al ungüento que me mandásteis, ha desaparecido el mal como con la mano.
 MUL. Entonces, qué vienes á buscar aquí?
 EL HOMB. Vengo á... pues...
 MUL. A qué?
 EL HOMB. Vengo á... á preguntaros cuánto os debo.
 MUL. Eres rico?
 EL HOMB. Rico... yo os diré; lo que es rico, no lo soy; pero...
 MUL. Basta... págame en agradecimiento, que es la mas hermosa moneda para el que, como yo, aspira al título de médico de los pobres... otro. (examina á otros, mientras la mujer y el hombre forman un grupo en primer término.)
 EL HOMB. Gracias, señor doctor... gracias... (volviéndose hácia la mujer y algunos otros enfermos que le rodean.) Es lo que se llama un hombre completo!
 LA MUJ. Tiene el genio un poco brusco; pero lo que es buen corazón... eso no puede negársele.
 EL HOMB. Y mucho pesqui.
 LA MUJ. Toma, toma! Como que es alemán!
 EL HOMB. Así se comprende el por qué en todo el barrio no hay mas que un solo deseo, el de alabar y bendecir al doctor Muller.
 (Muller, que durante esta conversacion ha prestado oído al diálogo, aunque disimuladamente, sonrie con aire de satisfacción.)
 LA MUJ. Efectivamente, es un ángel... pero un ángel que ha caído del cielo para vivir pared por medio con el diablo.
 MUL. (volviéndose con viveza.) Cómo, cómo! Qué decís, buena mujer?
 LA MUJ. Ah! me estabais oyendo, señor doctor?
 MUL. Sí, os escuchaba, y por eso deseo que me espliqueis...
 LA MUJ. Lo decia... no por cosa mala... libreme Dios!... Sino porque esta casa en que vivís, está unida á un antiquísimo palacio, abandonado hace mucho tiempo por sus señores, y cuyos subterráneos, segun fama, se estienden hasta las orillas del Sena.
 MUL. Es posible!... aun cuando yo ignoraba esa particularidad... Pero en fin, qué tiene que ver todo eso, con el diablo de quien habláis?
 LA MUJ. Voy á ello;... pues es el caso, señor doctor, que... tambien esto se dice, y yo no sé á punto fijo lo que habrá de verdad, porque como se habla tanto... y luego...
 MUL. Pero acabareis de una vez?
 LA MUJ. Pues bien; se asegura que en ese palacio han tenido lugar crímenes horribles y sucesos espantosos, allá... en tiempo de nuestros abuelos;... por lo cual, no falta quien diga, que aun vienen de noche las almas condenadas de sus antiguos dueños, y celebran el sábado con las brujas y los espíritus malignos, que han hecho de él su morada.
 MUL. Bah! Bah!... y era eso cuanto teniais que decir?... Cuentos de mujeres y de niños, de que yo no hago caso.

Al que tiene la conciencia limpia, todas las vecindades le son indiferentes, y duerme tranquilo aun al lado del diablo.

ESCENA II.

Los mismos, CRISTINA, TERESA que entran por el fondo con visibles muestras de agitacion.

CRIST. Gracias á Dios que llegamos á casa!
 MUL. Cristina y Teresa!! (como sorprendido.) Qué es eso? Parece que venis conmovidas! Ha pasado algo de particular? (dirigiéndose á ellas.)
 CRIST. (turbada.) No... nada... absolutamente nada.
 TER. (bajo.) Yo os contaré cuando estemos solos.
 MUL. (á los enfermos.) Señores, la consulta ha terminado por hoy.
 (Los enfermos saludan al doctor y se retiran.)
 UNOS. Hasta mañana, señor doctor.
 OTROS. Señor doctor, hasta otro dia...

ESCENA III.

MULLER, CRISTINA, TERESA.

MUL. Vamos... qué es lo que pasa?
 TER. Nada de particular... tranquilizaos, nada de particular.
 CRIST. Un poco de miedo y nada mas.
 MUL. Miedo... y á propósito de qué?...
 CRIST. Verdaderamente sin motivo fundado. Hace un instante, al salir de la iglesia de San German...
 MUL. Qué?...
 CRIST. Nos han seguido.
 MUL. (frunciendo el entrecejo.) Os han seguido?
 TER. Un jovencuelo...
 MUL. Teresa, os he recomendado espresamente que eviteis el que os sigan.
 TER. Es verdad; pero...
 MUL. (bajo á Teresa.) Desdichada, quieres comprometernos!
 TER. Yo os diré... no es culpa mia si se empeñan en seguir á vuestra pupila.
 MUL. Debisteis apretar el paso.
 TER. Lo hemos hecho, aunque inútilmente; parece que lo habian cosido á nuestras faldas.
 MUL. Y qué clase de hombre era?
 CRIST. Yo no sé; ni siquiera he vuelto la cara atrás.
 TER. Un fátuo... una especie de caballere de ridiculo, vestido de dia de fiesta... uno de esos elegantes de provincia, que vienen á París á comerse en un mes los ahorros de cuatro años.
 MUL. (con aire mas tranquilo.) Ah!... y en fin, en qué ha parado la cosa?
 TER. En que al llegar á la plaza, nos hemos metido, sin ser vistas, en el portal, y él se ha quedado dando vueltas, como un perdiguero que pierde la pista.
 MUL. Mas vale así.
 CRIST. Mas vale... Jesus, que posma!
 TER. (mirando por la ventana.) Impertinencia semejante!!
 MUL. Qué es eso!
 TER. No hay duda, es el mismo.
 MUL. Quién?
 CRIST. (asomándose.) Calle, y es verdad! El mismo que nos ha seguido!
 MUL. Cómo! Tendria la audacia!...
 TER. Atraviesa el patio; se dirige á la escalera... Esperad, esperad, que yo le enseñaré... (dirigiéndose al fondo.)
 MUL. Nada de escándalos... Retiraos á vuestras habitaciones, que yo me quedo á recibirle.
 CRIST. Por Dios!!
 MUL. Vamos... adentro, no me gusta repetir las cosas.
 (Muller las empuja hácia la habitacion de la izquierda y cierra la puerta.)

ESCENA IV.

MULLER, HECTOR.

HECT. (en la puerta del fondo y sin ver al doctor.) No hay duda, por aquí se me ha escabullido... Diabre! Y qué es esto?... bah! afuera temor; llevo al César conmigo, y la chica merece cualquier cosa... (entra.)

MUL. Qué se os ofrece?

HECT. (Diablo! Un hombre! Me clavé!)

MUL. Vamos... no me habeis entendido?

HECT. Seguramente que sí... A ver... pues no soy muy listo de oído que digamos... Me preguntais qué... pues... qué...

MUL. Qué si se os ofrece algo!

HECT. Pues... desde luego... se me... (reponiéndose y como concibiendo una idea.) El doctor Muller está en casa?

MUL. Soy yo.

HECT. Vos!! (Pues ya escampa y llovan chuzos!)

MUL. Para qué me buscáis?

HECT. Yo... yo... (Este será el padre ó el marido!)

MUL. Vamos.

HECT. Yo... venia... Es decir, deseaba...

MUL. Qué? Concluyamos.

HECT. (Qué idea!...) Venia á consultaros.

MUL. Con qué... á consultaros?

HECT. Precisamente. (Salgo del atolladero con un escudo.)

MUL. Estais... enfermo?

HECT. Precisamente... enfermo, y de gravedad; padezco así... como una inquietud...

MUL. Y... desde cuándo?

HECT. Desde... desde pequeñito...

MUL. Y qué otros síntomas se presentan?

HECT. Síntomas? (Diablos, qué síntomas deberán presentarse?) (alto.) Primeramente, os advertiré, que yo soy de una constitucion muy delicada, y tengo un corazón muy sensible... pero muy sensible.

MUL. Lo creo.

HECT. Esto parece que nada tiene de particular, á primera vista; pero si se tiene presente que á la edad de tres años padecí de viruelas... y...

MUL. Pero yo no os pregunto lo que habeis tenido, sino lo que teneis.

HECT. Ah! Vamos, vos quereis saber lo que tengo?

MUL. Qué es lo que os duele?

HECT. (Es verdad, á mí me debe doler algo!...) Lo que me duele... y me duele horriblemente, es... esta muela.

MUL. Una muela!

HECT. Precisamente... una muela, la del juicio... veis? (enseñándosela.) aquí... en el fondo...

MUL. Bah... ese mal no es peligroso.

HECT. Ya conozco que no es mal de muerte; pero duele que rabia, y si tuvierais algun elixir.

MUL. Tengo una cosa mucho mejor.

HECT. De veras?

MUL. Y en el momento vais á aliviaros. (se dirige á la última puerta de la izquierda.) Fritz! Fritz!!

HECT. (Lo qué es la ciencia! Lo he engañado como á un hobo.)

ESCENA V.

Los mismos y FRITZ.

FRITZ. (entrando.) Me llamabais?

MUL. Sí.

HECT. (reparando en la mala facha de Fritz.) (Cáscaras! Qué pajarraco será este?)

MUL. Os presento á uno de mis discípulos.

HECT. (Qué cara de judío!!)

MUL. Es un jóven aventajadísimo en la cirugía.

HECT. (cada vez mas desconcertado) En... cirugía!!

MUL. (á Fritz.) Fritz, llevad este caballerito al laboratorio y arrancadle la muela que le duele.

HECT. Arrancarme!! Cómo... arrancarme? De ningún modo...

MUL. (con seriedad.) Os burlais?

HECT. Yo? nada de eso; pero es que... ved que cosa tan extraña... ya no me duele.

MUL. Os dolerá mas tarde; vamos, dejáosla sacar.

FRITZ. Es el remedio mejor.

HECT. El diabre... será el mejor... (Sobre que voy sospechando que me he metido en un avispero, del que saldré con los puños en los ojos!)

FRITZ. Con que... seguidme.

HECT. Os digo que no...

MUL. No le hagais caso, llevadle. (bajo.) Le darás salida por la otra puerta.

HECT. Doctor, por todos los santos... por... (Fritz lo arrastra hácia la puerta por donde salió y desaparece con él.)

FRITZ. Vamos, (con rudeza.) basta de niñerías...

ESCENA VI.

MULLER, solo.

MUL. Creo que ese remedio le curará radicalmente, sino del dolor imaginario de que se queja, de la importuna curiosidad que le ha traído aquí... (después de un momento de silencio.) Cristina y Teresa se hallan en su habitacion; me encuentro al fin solo... completamente solo... (mira por la puerta del fondo, luego por la de la derecha, y cuando se encuentra seguro de que no le observa nadie, se dirige á la biblioteca, toca un resorte y gira uno de sus estantes, dejando ver una puerta secreta. Muller, después de arrojar una última mirada alderedor suyo, va á entrar por ella, cuando se abre la puerta de la derecha y en su dintel aparece Cristina.)

ESCENA VII.

MULLER, CRISTINA, después TERESA.

CRIST. (ahogando un grito de sorpresa.) Ah!... (alto.) Vamos, señora Teresa.

MUL. (cerrando la puerta secreta con prontitud.) Cristina!... (alto.) Ola, eres tú... Cristina?

CRIST. Sí... soy yo, que venia como de costumbre... á trabajar aquí con la señora Teresa... Pero si estais ocupado y os incomodo...

MUL. Tú... incomodarme!... nada de eso;... buscaba un libro... aquí en la biblioteca... (Con tal que nada haya visto!)

TER. (entrando.) Y el caballerito de la iglesia?

MUL. Quién?... El fátuo que os siguió hace poco? Se marchó, y no creo que con ganas de volver... por ahora.

TER. Cuánto me alegro!

MUL. (observando á Cristina que trabaja en un bastidor pequeño junto á una mesa.) (Creo que no ha visto nada! No, seguramente, no ha visto nada; no sabria fingir si lo supiera.)

CRIST. (entre sí, mientras borda.) (Es singular! Esa biblioteca, cuyos estantes giran!... Sin duda encubren alguna puerta secreta... alguna comunicacion misteriosa... quién sabe!... pero no deja de ser singular!)

MUL. Yo espero, Cristina, que la aventura de hoy te servirá de leccion para en adelante.

CRIST. A mí? Yo creo que cuando no se ha cometido falta ninguna, la leccion es inútil.

MUL. Los caballeros de nuestra época son tan impresionables, tan fátuos, que basta una imprudente mirada para despertar en ellos esperanzas locas.

CRIST. Yo no puedo impedir que me miren. Quereis que nunca salga de casa? Lo haré así.

MUL. Tu salud se opone á ello... Además, yo no prohibo que te admiren; lo que no quiero es que te sigan... que averiguen tu nombre, ni tu casa.

TER. Ha sido la primera vez que eso sucede.

MUL. Y espero que será la última.

CRIST. Tranquilizaos; todos los jóvenes que habian reparado en mí en las Tullerías, han desaparecido, y no he vuelto á ver á ninguno de ellos.

MUL. Habrán conocido que perdian el tiempo...

CRIST. Teresa es quien les ha hablado algunas veces.

TER. Yo?

MUL. Cómo?...

TER. Sí; para decirles que se cansaban en vano.

MUL. Nada, mucha severidad, hija mia; no dispongas de tu corazon sin consultarme primero.

CRIST. (Mi corazon!... Si supiera...)

MUL. Qué ruido es ese?

TER. (mirando por la ventana.) Es un herido que traen á casa.

CRIST. Un herido! (mirando por la ventana.) (Cielos! Es el joven á quien he visto varias veces en la iglesia.)

TER. Ya suben la escalera.

MUL. Dejad que entren.

ESCENA VIII.

Dichos, ANDRÉS, desmayado; le traen dos hombres y el obrero de la escena primera.

TER. Por aquí.

CRIST. Mucho cuidado.

OBrero. Señor doctor, hácednos el favor de reconocer á este joven.

CRIST. (Cielos!)

OBrero. Habrá muerto?

MUL. No; solamente está desmayado.

CRIST. Si pudiésemos ser útiles para algo...

MUL. No, retiraos. Dejadme á solas con el enfermo.

CRIST. (Yo volveré.)

ESCENA IX.

MULLER, ANDRÉS.

MUL. Veamos lo que tiene este joven. No está herido... solamente algunas contusiones... Un cordial será bastante para que recobre el conocimiento. (entra en el laboratorio.)

ESCENA X.

ANDRÉS, CRISTINA.

CRIST. (Se ha ido el doctor... Si yo me atreviese... Me parece que vuelve en sí.)

AND. Qué veo!... Es esto un sueño?... Una ilusion? Vos aquí!... A mi lado!... A qué debo la dicha de veros? ¿En dónde estoy?

CRIST. En casa de mi tutor, el doctor Muller, á donde os han traído desmayado.

AND. Sí, ya recuerdo... Bendigo al accidente que me ha traído cerca de vos, porque, gracias á él, puedo hablaros, diciros que...

CRIST. Mas bajo, mas bajo...

AND. Es preciso que sepais lo que pasa en mi corazon. Desde que os ví, sois mi único pensamiento. Vivir sin vos, me es imposible... No tengo mas ambicion ni mas deseo que consagraros la vida... porque os amo!...

CRIST. Silencio, por Dios!... Si os oyesen!...

AND. Qué importa? Mis intenciones son puras. Decidme que vuestro pecho no es insensible á mi amor... que puedo esperar...

CRIST. Caballero...
AND. Respondedme.

CRIST. Mi tutor es tan severo... Si supiese que os conozco, que os... Es él! Adios!

AND. Él! El hombre de quien depende mi felicidad!

ESCENA XI.

ANDRÉS, MULLER.

MUL. Ola! Habeis recobrado el sentido?... Ya veo que el accidente no ha sido grave. Qué os sucedió para?...

AND. Atravesaba la calle en union de mi padre; al mismo tiempo cruzaban un sin fin de carruajes; me volví para buscar á mi padre, de quien me habia perdido en la confusion, y me atropelló una carroza, cayendo al suelo por la violencia del choque... Perdí el sentido, y ni aun sé quién me condujo hasta aquí. Permitidme ahora que os deje para buscar á mi padre, que estará con cuidado.

RAY. (dentro.) Decís que aquí está mi hijo?

AND. Es él. Conozco su voz... (Raymond aparece en el fondo.) Ah, padre mio! (se abrazan.)

ESCENA XII.

Dichos, RAYMOND.

RAY. ¡Hijo de mi alma! Si supieras cuánto he sufrido!

AND. Tranquilizaos, no ha sido nada. El doctor me asegura que no tendrá consecuencias el accidente.

RAY. Caballero, mi gratitud...

MUL. Vuestro hijo no ha tenido necesidad de mis cuidados.

RAY. (Qué semejanza!...)

MUL. (Es cosa singular!... Esa cara...)

RAY. Perdonadme una pregunta. Habeis ejercido siempre la medicina?

MUL. Sí.

RAY. Sois francés?

MUL. Aleman.

RAY. Lo digo, porque cuanto mas os veo, mas me pareceis una persona á quien conozco. Pero me habré equivocado.

MUL. Indudablemente; yo no tengo el gusto...

RAY. Vuelvo á daros gracias, y nos retiramos.

AND. (Partir sin verla!)

RAY. Adios, caballero... (Yo aclararé mis sospechas...)

MUL. (Yo indagaré si es el mismo.)

ESCENA XIII.

MULLER, CRISTINA, TERESA y FRITZ.

MUL. Maldita la casualidad que condujo aquí á esos hombres! Si el padre fuese quien yo sospecho... Qué importa? Peligro que se prevee, está poco menos que conjurado.

CRIST. (Ya se ha ido... Cuándo le volveré á ver!)

MUL. Ola, Cristina! Ya es hora de que salgas á pasear.

TER. Ibamos á salir... (aparece Fritz.)

MUL. (Qué has hecho de ese imbécil?)

FRITZ. (Lo he puesto en la calle.)

MUL. (Por supuesto, despues de haberle desvalijado?)

FRITZ. (Es claro.)

MUL. (Silencio!)

TER. Vamos. (á Cristina.)

MUL. Que os divertais mucho.

CRIST. Si al menos le encontrase!... (se van.)

FRITZ. Muy hermosa está Cristina.

MUL. Descuida, que harán una buena pesca.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Un pabellon retirado de la casa de Raymond, en el barrio del Arsenal; puerta y ventana con vidrios que dan á un jardin. Puertas laterales. Mueblaje sencillo.

ESCENA PRIMERA.

RAYMOND, SU CRIADO.

(Al levantarse el telon, Raymond está sentado á una mesa, examinando varios papeles. Suenan en la puerta de la izquierda tres golpes. Raymond se levanta; mira á todos lados para asegurarse de que nadie le ve, y despues se decide á abrir.)

CRIADO. Soy yo, vuestro secretario privado, vuestro agente universal. Estais solo?

RAY. Sí; entra y habla bajo.

CRIADO. No temais nada.

RAY. Qué es lo que te trae?

CRIADO. He adquirido noticias acerca del individuo de la plaza del caballero de Guet.

RAY. Ah! Dime.

CRIADO. Tomad. Este papel hablará por mí.

RAY. (leyendo.) «El doctor Muller, cuyo verdadero nombre es José Cointard...» José Cointard! «Nacido en Tours el 5 de febrero de 1615, entró en 1633 en el hospicio de esta ciudad, en calidad de vigilante; condenado algun tiempo despues por robo á cinco años de presidio en Berri, y á esposicion pública...» Es él! No me engaño... «Al concluir su condena...»

CRIADO. Está bien redactado el documento.

RAY. «Se trasladó á París, donde fué procesado nuevamente por robo y vagancia; pudo evadirse de la prision, y se fugó al extranjero. Hace dos meses bajo el nombre del doctor Muller, se estableció en París con una criada y una jóven, supuesta pupila. En todo este tiempo, nada puede decirse contra él. Vida regular, buena reputacion de ciencia y conciencia.» Se habrá arrepentido?

CRIADO. No teneis nada que mandarme?

RAY. No.

CRIADO. Entonces vuelvo á mis quehaceres.

RAY. Vete.

CRIADO. Hasta mañana. (sale el Criado; Raymond cierra la puerta, despues vuelve con profundo abatimiento.)

ESCENA II.

RAYMOND.

RAY. Oh, recuerdo del pasado!... Roca que rueda y me arrastra!... Acabemos de leer esta carta. «Monseñor; desde hace once años que tuvisteis piedad de mí, mi resignacion, mi arrepentimiento no habrán podido borrar una condena infamatoria? A fuerza de lealtad y de celo, no habré merecido el perdon que imploro de rodillas? Os suplico, señor, que pongais término á tan largas pruebas; que al fin me sea permitido levantar la cabeza humillada tanto tiempo por la desgracia; que pueda abandonar con mi hijo á París, donde me ahogo; ver otra vez la noble Bretaña que me vió nacer, y donde deseo acabar mi vida.» (escribiendo y leyendo lo que escribe.) «Invoco á la vez vuestra equidad de magistrado y vuestro corazon de padre. Perdon para mí, perdon para mi hijo! Tened piedad, monseñor, del mas humilde y desgraciado de vuestros servidores. (envuelve la carta en un sobre.) A monseñor de la Reynié, subdelegado general de policia del reino.» (vuelve á apoyar la cabeza en las manos y queda pensativo.)

ESCENA III.

RAYMOND, MAGDALENA.

MAG. Todavía aquí!... Y solo!... Eh! Señor!

REY. Qué es eso...? Qué quieres?

MAG. Vamos, no os incomodeis, que no hay motivo para tanto.

RAY. Pobre Magdalena! Ya sabes que no quiero que me incomoden cuando trabajo.

MAG. Calla! Vos trabajais? Pues no sabia nada. Qué! Si os creia dormido. Como que no se sentia una mosca...!

RAY. Vamos, y qué quieres?

MAG. Es Andrés, quien me envia...

RAY. Y por qué no le has dicho...

MAG. Acaso me ha dejado vd. tiempo? «Qué es eso? Qué quieres? Qué vienes á hacer aquí...?» Me envia á preguntaros si vais á salir con él hoy por la mañana.

RAY. En dónde está Andrés?

MAG. En su cuarto.

RAY. Qué hace?

MAG. Creo que estudiar. Sin embargo, no estoy segura...

RAY. Por qué?

MAG. Desde que ayer estuvo á punto de que le atropellase una carroza, no me parece el mismo.

RAY. Está mas triste que de costumbre?

MAG. Quiá! Al contrario! Pues si está mas alegre que un jilguero!

RAY. Pues no he notado esa alegría.

MAG. Me parece que se oculta de vos; pero cuando está en su cuarto, habla solo, canta y rie... Ni mas ni menos que si estuviera loco.

RAY. Es singular...! Qué puede motivar ese cambio...?

MAG. Toma! Que se habrá encontrado á la fortuna cara á cara.

RAY. Bah! Estás diciendo disparates!

MAG. Finalmente: Qué debo contestarle?

RAY. Dile que venga dentro de una hora, cuando yo vuelva.

ESCENA IV.

Dichos, ANDRÉS.

AND. Vais á salir, padre mio?

RAY. Sí. (A Magdalena.) Dame mi sombrero.

MAG. Voy á buscarlo. (Vase.)

AND. Me permitireis que os ocompaÑe?

RAY. Ahora es imposible; pero mas tarde saldremos juntos. (Coge la carta que escribió.)

AND. Me dejais por esa carta?

RAY. Sí... sí. (La guarda con precipitacion.)

AND. Y no estareis ausente mucho tiempo?

RAY. No... al menos así lo creo... Mas espero que llegará un dia en que terminen estos quehaceres.

AND. De veras?

RAY. Si yo no obedeciese mas que á mi voluntad, querido hijo, mi mayor dicha seria estar siempre á tu lado.

AND. Dependéis de alguien?

RAY. Sí, por desgracia.

AND. Es extraño...

RAY. Por qué?

AND. Yo creia que los hombres de vuestra edad eran dueños de sus acciones.

RAY. Te engañabas, Andrés: los mas ricos y mas poderosos, no pueden llamarse independientes. Pero te repito que muy pronto seré libre.

MAG. (sabiendo.) Aquí está el sombrero.

RAY. Hasta la vista, hijo mio.

AND. Volved pronto.

RAY. No tengas cuidado. Vamos, Magdalena, ven á abrirme la puerta.

ESCENA V.

ANDRÉS.

AND. A dónde irá? A quién irá dirigida esa carta que me ocultaba con tanto cuidado...? No sé nada de él... igno-

ro cuál es su posición, su fortuna... Ah! El cielo me es testigo de que no dudo de mi padre! Sé que no puede hacer nada que no sea honrado, y bueno. Y que me importarian su estado, su fortuna y su porvenir, si mi felicidad no depende de nada de eso? Rico y considerado, quizás pudiera algún día aspirar á la mano de la que adoro. Por el contrario, siendo pobre y oscuro, nunca ese médico alemán aprobará mi amor... Ah! Quién podrá ayudarme á penetrar este misterio? Quién me descubrirá el secreto de mi destino?

ESCENA VI.

ANDRÉS, MAGDALENA; despues, HECTOR.

MAG. Andrés! Andrés!

AND. Qué quieres?

MAG. Ahí está un caballero muy feo, pero muy bien vestido.

AND. Qué se le ofrece?

MAG. Pregunta por vuestro padre.

AND. No le has dicho que ha salido?

MAG. Ya se vé que sí; pero me ha dicho que esperará. Parece que viene para un negocio importante, y que no tiene mucha prisa. Qué le digo?

AND. Ruégale que entre. Yo lo acompañaré hasta que vuelva mi padre.

MAG. Mirad; justamente viene hácia aquí. Eh! Señor! Por aquí... Aquí está el señorito Andrés, el hijo de mi amo.

AND. Déjanos solos, Magdalena.

MAG. (Cuando yo digo que no es bonito!...)

ESCENA VII.

ANDRÉS, HECTOR.

AND. Deseais hablar con mi padre, caballero?

HECT. Sí, jóven.

AND. No tardará en volver, y si quereis tomar asiento...

HECT. Gracias. Afuera los cumplidos. Se trata de un negocio que me llega al corazón; de un negocio de confianza... Pero puesto que sois su hijo, puedo deciros el objeto de mi venida.

AND. Como querais.

HECT. Yo soy el caballero Hector de Beaupignon, poseedor de muchas tierras en mi pueblo... Id allá, y todo el mundo os hablará de mí.

AND. Dispensadme del viaje, caballero; os creo bajo vuestra palabra.

HECT. Jóven, París es un golfo.

AND. Cómo?

HECT. Digo que es un golfo; un abismo, un antro, una caverna, un... Qué se yo cuántas cosas mas? Basta con estos calificativos, nuestro idioma no los tiene mas enérgicos.

AND. Mucho os digusta París.

HECT. Y con razon. Hace algunos días que llegué á esta ciudad, lleno de confianza, de candor y de ilusiones, para divertirme, para distraerme como buen caballero, y ya me han robado la bolsa, un par de mangas de punto de Alenzon, y dos relojes... dos alhajas de familia, que yo queria mucho... tanto mas cuanto que no eran mias.

AND. Y bien, caballero?

HECT. Y bien, jóven, justamente indignado por estos espólios, fui esta mañana al palacio del señor Subdelegado de policía. No estaba en casa: habia ido á Versailles á hablar con S. M. Luis XIV... Pero ya comprendereis que un hombre de mi calidad, nunca debe hacer antemas. No encontrando al Subdelegado, hablé con su ayuda de cámara, á quien le conté mis aventuras, formulé la queja, y él me ha dirigido á Mr. Raymond.

AND. A mi padre? No os comprendo!... Qué intervencion puede tener en este negocio?

HECT. Qué si puede? Todo, hombre, todo; puede hacer averiguaciones, y encontrar esos objetos carísimos, cuya pérdida deploro.

AND. Encontrarlos él?

HECT. Sin duda. Me han puesto al corriente de su historia. Ha conocido y debe conocer todavia á la mayor parte de los pillos de París.

AND. Mi padre?

HECT. Es claro... Un antiguo criminal!...

ESCENA VIII.

Dichos, RAYMOND que escuchaba en la puerta.

RAY. Basta, caballero!

AND. Mi padre!

HECT. Raymond!

AND. Venid, padre mio, y decid á este caballero que se engaña, que os calumnia.

HECT. Yo! Cómo... Sí...

RAY. Ha dicho la verdad.

AND. Gran Dios!

HECT. Ya sabia yo que...

AND. Oh! mis ilusiones... mis ilusiones!...

RAY. Yo soy Pedro Raymond. Qué quereis de mí?

HECT. Querido, me han robado la bolsa, dos relojes...

RAY. Basta! Se harán pesquisas...

HECT. Bravo! Me retiro. Ah! La bolsa contenia veinte y cinco luises, y uno de los relojes adelanta diez minutos. Estas señas pueden ayudar...

RAY. Bien, bien.

HECT. Oh relojes venerandos! Si os volveré á ver?

ESCENA IX.

RAYMOND, ANDRÉS.

RAY. Lo sabes todo. La casualidad te ha revelado mi secreto, que he podido ocultarle durante doce años.

AND. Vos, padre mio! Vos condenado!

RAY. Escucha, Andrés, y júzgame! Hace quince años yo vivia en Bretaña, y cultivaba uno de los dominios de la marquesa de Guebriac... No era rico, pero vivia feliz y daba gracias á Dios porque tenia una compañera tan honrada como hermosa. Nos amábamos con delirio, y tú fuistes el único fruto de nuestro amor. Ay! Tanta felicidad no podia durar mucho tiempo. La desgracia cayó sobre nosotros, hiriendo como el rayo, y dejando en pos de sí nada mas que ruinas. Un rico de aquellos alrededores vió á tu madre, le pareció hermosa, y creyendo hacer mucho honor á la mujer de un campesino, osó declararle su pasion. Tu madre le rechazó con desprecio; pero aquel hombre no perdió la esperanza, y desde aquel dia tu madre le encontraba siempre en su camino.

AND. Continúa, padre mio, continúa.

RAY. Una noche que la vió sola, tuvo la audacia de penetrar en nuestra choza... intentó seducir á tu madre con promesas; quiso deslumbrarla con un puñado de oro, que ella arrojó á sus pies con indignacion... Entonces, sin moverle á compasion sus lágrimas, sin respeto á la cuna en que dormia un niño, aquel miserable quiso emplear la violencia...

AND. Oh, madre mia!

RAY. En aquel momento volvia yo de la labranza; oí los gritos que lanzaba mi mujer, y no escuchando sino á mi ira, levanté la hazada, le di un golpe en la cabeza al infame que queria deshonorarnos, y le tendí muerto á mis pies.

AND. Hicisteis bien, padre mio.

RAY. Mi crimen era escusable; pero fui acusado de haber

engañado á la víctima para que fuese á mi casa y robarle impunemente.

AND. Infamia! Pero vos os defenderiais, probariais vuestra inocencia?

RAY. No. En vano protesté contra aquella acusacion odiosa; en vano tu madre se esforzó para que prevaleciese la verdad... El cadáver, el oro encontrado en el suelo, todas las apariencias estaban contra mí y me condenaron!

AND. Condenado!

REY. Sí, á veinte años de galeras.

AND. Ah!

RAY. Hubiera muerto de vergüenza y desesperacion, á no necesitar vivir para mi mujer y para mi hijo. Durante mi ausencia la noble y compasiva marquesa de Guebriac, esforzándose por sostener el ánimo que empezaba á faltar á mi esposa, dilató algun tiempo su vida... Pero, ay! No volví á verla. La pobre murió consumida por el dolor, dejándote huérfano por segunda vez.

AND. Pero vos, vos, padre mio...?

RAY. Pasaron tres años. Al cabo de este tiempo, gracias á mi conducta irreprochable, y sobre todo, á las instancias de nuestra digna protectora, pude dejar la librea de infamia que llevaba. El Subdelegado de policia se dignó interesarse por mí, y me concedió libertad temporal... Me hizo venir á París, y me dió un modesto empleo. Podia verte, vivir á tu lado y velar por tí. Acepté este favor con reconocimiento. He aquí mi historia, Andrés. Ahora que conoces mis desgracias, mi vida, te avergüenzas de mí? Desprecias á tu padre?

AND. Despreciaros! A vos, tan digno de lástima, tan desgraciado! Ah! Os amaba con toda mi alma, pero ahora voy á amaros mas por todo lo que habeis sufrido. (Se abrazan.)

RAY. Hijo mio! Hijo mio idolatrado! Este tiempo de prueba concluirá... Muy pronto podré alzar la cabeza con altivez.

AND. Será posible...? Y cómo?

RAY. La carta que me viste llevar esta mañana... es una solicitud de indulto que dirijo al Subdelegado de policia, de quien espero mucho. Yo mismo la he llevado á su casa, y...

ESCENA X.

Dichos, LA REYNIE.

REY. Vengo á contestaros en persona.

RAY. Vos en mi casa, Monseñor...?

REY. Que se retire vuestro hijo. Tenemos que hablar de asuntos graves.

RAY. Ya lo oyes: déjanos.

AND. Qué querrá decirle?

ESCENA XI.

RAYMOND, LA REYNIE.

RAY. Tanto honor...

REY. Acaban de entregarme vuestra carta, y como ya os he dicho, traigo la respuesta en persona?

RAY. Os dignareis acoger mi solicitud?

REY. El perdon que tanto deseais depende de vos.

RAY. De mí?

REY. De vos. Muy pronto, mañana quizás, puede firmarlo el Rey.

RAY. Cómo? Podré esperar...? Hablad. Qué debo hacer?

REY. Prestarme un servicio.

RAY. Decidme cual.

REY. Acabo de llegar de Versalles y el Rey está muy preocupado con lo que pasa. Esas desapariciones de nobles son escandalosas; S. M. se desespera porque no halla medio de contener esos crímenes, y ofrece su real proteccion

á quien descubra á los criminales. Yo os conozco, sé que sois sagaz. Tres años de cautiverio os han hecho conocer á muchos miserables. Consentís en ayudarme?

RAY. Yo, Monseñor?

REY. No os habeis ocupado nunca de esos raptos misteriosos? No os habeis preguntado quiénes podian ser los autores?

RAY. Tengo un hijo, Monseñor, y como padre no podia permanecer indiferente á esos delitos.

REY. Sospechais alguna cosa? Podriais darnos indicios de quiénes son los criminales?

RAY. Creo que conozco parte de la verdad.

REY. Decid.

RAY. Tienden sus lazos con la ayuda de una mujer que atrae á las víctimas, para robarlas y darles muerte.

REY. Sí... sí, teneis razon; así debe ser... Pero esa mujer, cómo se llama? Es preciso buscarla, descubrir sus cómplices.

RAY. No me atrevo á haceros esa promesa.

REY. Por qué?

RAY. Porque para llegar á ese resultado, seria preciso servirme de un medio de que no puedo disponer... que no quiero emplear. (A estas palabras entra la Marquesa.)

REY. Pensad que se trata de vuestro perdon.

RAY. Por mucho que yo ambicione esa gracia, no vale el sacrificio que me costaria.

REY. Luego rehusais descubrir á los culpables?

RAY. Con mucho sentimiento, Monseñor; pero rehusó.

ESCENA XII.

Dichos, LA MARQUESA.

MARQ. Y á mi, me rehusais tambien esa gracia?

REY. Y RAY. La Marquesa!

MARQ. Una madre desesperada, que solo á vos tiene por consuelo, que os pide vuestra ayuda...

REY. Qué decis?

RAY. Qué ha pasado?

MARQ. Hace tres dias que mi hijo no parece.

RAY. Vuestro hijo!

REY. El tambien!

MARQ. Hace tres dias que le espero, que le busco... que pido á Dios que me lo devuelva, y nadie puede decirme lo que ha sido de él. Hasta Dios es insensible á mis lágrimas! He pensado en vos, Raymond, porque el corazon me gritaba: «El solo se apiadará de mi desesperacion, él solo, si es tiempo aun, podrá hallar y devolverme mi hijo.»

RAY. Decís, señora, que hace tres dias que desapareció?

MARQ. Sí; el mismo dia en que fuisteis á mi casa, durante el baile que yo daba en celebridad de su cumpleaños.

RAY. Sabeis á dónde iba?

MARQ. Uno de sus amigos me dijo que á una cita.

REY. Y RAY. A una cita!

MARQ. Dada por una mujer jóven, y de estremada belleza.

REY. (Bien lo decia yo!) Y la casa, el nombre de esa mujer...?

MARQ. Lo ignoro. Solamente sé, que la vió por vez primera en las Tullerías.

REY. Allí la encontraremos.

RAY. Sí, pero suponiendo que viva allí todavia, para prender á sus cómplices, para adquirir la prueba del crimen, es preciso arrojarles una nueva víctima.

REY. No tengo yo á mis órdenes una infinidad de agentes...?

RAY. Y quién querrá arriesgar la vida? Quién tiene tanta abnegacion? (Andrés aparece y escucha.)

MARQ. No encontrais ningun medio? No procurareis salvar á mi hijo?

RAY. Habeis velado por el mio; habeis recojido el último

aliento de mi mujer. Lo que rehusaba hacer por obtener mi perdón, lo haré, en pago de vuestros beneficios.
MARQ. Ah! Qué el cielo os bendiga! A vos y á vuestro hijo.
RAY. Mi hijo!.. Pedid por él, cuando pidais por el vuestro!
MARQ. Qué decis...?Cuál es vuestro proyecto?
REY. Dios me lo inspirará. Dejadme solo, por Dios... Necesito de toda mi sangre fría.
MARQ. Vais á hacer por mí en una hora, mas que yo por vos en toda mi vida. *(vase con la Reynie.)*

ESCENA XIII.

RAYMOND, ANDRÉS.

RAY. «El Señor quiso probar á Abraham, y le dijo: coje á tu hijo Isaac, á quien amas tanto, llévale á la tierra de Vision, y allí en una de las montañas que yo te enseñaré, me lo ofrecerás en holocausto...»
AND. *(Adelantándose.)* «Y alzándose Abraham respondió: Señor, estoy pronto.»
RAY. Andrés, hijo mio...! Eres tú?
AND. Todo lo he escuchado, Padre mio; pagaré la deuda de reconocimiento que hemos contraído, y os ayudaré á obtener el perdón.
RAY. No, no; yo no acepto tu generoso sacrificio.
AND. Padre, habeis prometido...
RAY. Si, pero me falta valor; mi cariño de padre se resiste... mi corazón rehusa intentar esa prueba.
AND. Pero la gratitud...
RAY. No puede mandarme que esponga tu vida.
AND. El perdón... el derecho de vivir honrado!...
RAY. Si te pierdo, qué me importa el honor? No irás. Andrés, hijo mio, no irás.
AND. Iré. No dndeis de mi resolución. Yo iré á buscar á esos miserables en su retiro. Una mujer se ha hecho cómplice é instrumento de sus crímenes; yo encontraré á esa mujer. Cuando se trata del reposo, de la salvación de toda una ciudad; cuando se vá á defender la familia, esta misión honra á quien la acepta. Esta clase de espías se llaman salvadores.
RAY. Andrés! Tú quieres...?
AND. Sí, padre mio. Hace un instante os imploraba una madre, y la mía desde el fondo de su tumba me anima y me aconseja. Además, Dios velará por mí.
RAY. Y si esos monstruos...?
AND. Escuchad, padre mio. «Abraham preparó la hoguera y alzó la espada; pero un ángel del Señor apareció y le dijo: Dios no acepta el sacrificio; é Isaac quedó salvado.»
RAY. *(Cayendo de rodillas.)* Aceptareis el sacrificio, Señor?... Ah! Salvad á mi hijo!!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El jardín de las Tullerías. —Arboles y bancos rústicos. —En el fondo una hostería. —Hombres y mujeres paseándose.

ESCENA PRIMERA.

LUCENAY que llega por un lado y **HECTOR** por otro; después el Criado de Raymond.
HECT. Cielos! No me engaño!... Es mi amigo Lucenay! La flor de los caballeros! Servidor, amigo. No me reconocéis? Soy Beaupignon.
LUC. Ah, sí! Ya recuerdo. *(El imbécil del otra día.)*
HECT. Ya decia yo que debiais reconocerme.
LUC. Y qué haceis por aquí?
HECT. Me paseaba por los jardines despues de salir de casa

de ese envenenador de hosterero, echando miradas á las mujeres... por pasar el tiempo.
LUC. Y cómo vamas de conquistas?
HECT. Tal cual. No puedo quejarme. *(Le callaré la tragedia del médico...)*
LUC. Se habla de una mujer Sirena...
HECT. Qué, Sirena?
LUC. La Sirena de París; todo el mundo sabe ya eso. Hasta se cantan coplas por las calles.
HECT. Coplas? Pues entonces la cosa es grave. Y dónde está esa Sirena?
LUC. No la he visto nunca.
HECT. Ni yo. Algun cuento.
LUC. No; lo que pasa es extraño. Esas desapariciones... quién sabe? Quizás...
HECT. Bah! Ocupémonos de cosas mas positivas. Allí veo unas muchachas muy lindas. Vamos á ellas?
LUC. Vamos.
RAY. *(que aparece en el fondo.)* No veo á Andrés; y sin embargo, debe estar aquí... Hace una hora que me dejó para venir á este sitio. Ah! Es él! Allí está.

ESCENA II.

RAYMOND, ANDRÉS con un magnifico traje de caballero.
Los paseantes se van retirando poco á poco.
AND. Aquí hay mujeres, acerquémonos. *(se acerca á una.)* Se aleja... *(dirigiéndose á otras.)* Señoritas... Nada, todas me huyen. No puedo descubrir á la que busco. Esperemos.
RAY. Estoy á tu lado, velo por tí.
AND. Padre mio!
RAY. Silencio!
AND. *(Dónde buscarla? En qué podré reconocerla si está aquí?)*
RAY. Has encontrado á la desconocida? *(bajo.)*
AND. Todavía no!
RAY. Observa; paséate por entre la gente; haz sonar el oro que llevas en los bolsillos. Alguien llega... *(se aleja con precipitación.)*

ESCENA III.

Dichos, HECTOR que entra exaltado.

HECT. Ah! esto es demasiado! Cortarme los erretes de diamantes que heredé de... Quizás ese hombre... *(reparando en Raymond.)* Ah! Os encuentro á propósito, amigo mio.
RAY. Déjeme el importuno.
HECT. Acaban de robarme unos herretes de diamantes.
RAY. Dispensadme, pero...
HECT. Iba siguiendo á una mujer... á una mujer deliciosa. Figuraos que... *(Raymond se retira.)* Se vá sin escucharme! *(dirigiéndose á Andrés.)* Figuraos, caballero...
AND. Caballero, no tengo tiempo de escucharos.
HECT. Pero hombre, por Dios.
AND. Llèveos el diablo! *(se retira.)*
HECT. Hé aquí un caballero que no tiene nada de político. Nadie se interesa por mis infortunios!

ESCENA IV.

HECTOR, CRISTINA, TERESA.

TER. Vamos á sentarnos; allí hay un banco desocupado.
HECT. Calla! Dos mujeres solas! Y una de ellas muy linda! Veamos... *(se acerca.)*
CRIST. *(Ay, Dios mio!)*
TER. *(Qué?)*
CRIST. *(El caballero que nos siguió el otro día.)*

TER. (Otra vez?)
 HECT. (Toma! Pues si es la muchacha de dias atrás! La pupila de aquel infernal empírico, que por goloso me sacó una muéla!)
 CRIST. (Qué fastidio!)
 HECT. (Aprovechemos el encuentro.) Hermosa niña?
 CRIST. (No le contesto.)
 HECT. Ni una palabra? Ni una mirada? Despues de todo lo que por vuestro amor he padecido?
 CRIST. Caballero!
 TER. Tened la bondad de dejarnos solas.
 HECT. (Infame dueña!) Perdonad, yo esperaba...
 TER. Seguid vuestro camino, ó llamo á la guardia.
 HECT. A la guardia?
 TER. (Un hombre que sabe donde vivimos...)
 HECT. (No son razonables. Vamos á buscar mejor fortuna.)

ESCENA V.

CRISTINA, TERESA.

CRIST. Gracias á Dios que se fué!
 TER. Y se conoce que debe ser rico.
 CRIST. Pero tan fastidioso...
 TER. Por fortuna no se le parecen todos los jóvenes.
 CRIST. Oh! no.
 TER. Sentémonos.
 CRIST. Sí; nadie pasea ya, y no hay que temer á ningun importuno. (Me ama! Qué dulce es poder decir: «¡hay una persona que piensa en mí, un alma hermana de la mia; no estoy sola en el mundo, me aman.»)
 TER. (Pero señor, no pasará hoy nadie por este sitio?)

ESCENA VI.

Dichas, ANDRÉS.

AND. Ninguna señal, ningun indicio...
 TER. Ah! Señorita...
 CRIST. Qué?
 TER. Mirad á aquel caballero; qué aire tan distinguido!
 CRIST. Qué me importa?
 AND. (Qué veo!)
 TER. Nos ha mirado... nos saluda...
 CRIST. (reconociéndole!) Cielos!
 TER. Le conocéis?
 CRIST. Yo?... Sí... no... es decir, un poco.
 TER. Un poco?...
 AND. He tenido la dicha de ver varias veces á esta señorita en la iglesia.
 TER. De veras? (Alhajas de valor, brillantes... Escelente cacería.)
 CRIST. Mucho trabajo me ha costado reconocerlos, pues os vi vestido con mucha sencillez, y os encuentro con un lujo deslumbrador.
 AND. (Si supiera por qué lo llevo?...)
 CRIST. (con temor.) Luego sois noble y rico?...
 AND. (Qué la diré?) Tengo un padre que satisface mis caprichos... y hasta mis prodigalidades.
 CRIST. Y cómo se llama, sino hay indiscrecion en preguntarlo?
 AND. Deseais saber su nombre?
 CRIST. Sí.
 AND. Permitidme que lo calle por ahora, al menos. Mas tarde, quizás muy pronto, os lo podré decir.
 TER. (Es discreto!)

ESCENA VII.

Dichos, RAYMOND.

RAY. Está con una mujer... Escuchemos. (se oculta tras del pedestal de una estatua.)

CRIST. Respetaré un secreto que no tengo derecho á descubrir.
 AND. Y vos, señorita, os dignareis decirme vuestro nombre?
 CRIST. Me llamo Cristina.
 AND. Cristina de qué?
 CRIST. No conozco mi apellido.
 AND. Cómo!
 CRIST. Ay! Todo es misterio en mi vida. Soy huérfana, ignoro cuál es mi pais... no tengo familia... no he recibido caricias de nadie, ni los besos de una madre!
 AND. Pobre joven!
 RAY. (Si, la historia de rigor.)
 CRIST. Me parece que la hubiese amado tanto! En mi corazon hay tesoros de ternura.
 AND. (Qué alma! qué candor!) De suerte que desde vuestra infancia?...
 CRIST. He estado confiada á los cuidados de un extraño, que me ha servido de tutor... que me ha educado... El doctor Muller.
 RAY. (Muller! Ahora lo comprendo todo.)
 AND. Debeis amarle mucho.
 CRIST. Debía, porque aunque de carácter duro y severo, ha sido siempre bueno para mí. Sin embargo...
 AND. Qué?
 CRIST. Nunca me ha inspirado mas que frialdad, casi aversion. Será una falta en mí, lo confieso; pero no puedo remediarla.
 TER. (Digo, eh!... Vivora!)
 RAY. (La comedia está diestramente representada!)
 AND. Luego no sois dichosa?
 CRIST. Yo dichosa! Cómo podría serlo? Desheredada desde la cuna de todo cariño, de todo interés!
 AND. No digais eso, Cristina. Hay un corazon que os ama, un corazon que late por vos.
 CRIST. Caballero!
 AND. Hay quien seria feliz consagrándolos la vida, rodeándolos de esa ternura que os falta, y que tanto ambicionais.
 CRIST. Vos, Andrés, vos! Ah! Si yo pudiese esperar... Si eso fuese posible...
 AND. Y por qué no? Puede oponerse algun obstáculo á nuestra felicidad? No sois huérfana y dueña de vuestras acciones?
 TER. (Esto vá bien.)
 CRIST. Y la voluntad de mi tutor? Hace dos dias me aconsejaba que no aceptase ningun compromiso sin su consentimiento.
 AND. Podria permanecer sordo á mis súplicas? Espero que pronto quedará fijado irrevocablemente mi destino, y entonces...
 TER. (Quién es ese hombre que parece observarnos?) Vamos, Cristina, ya es hora de irnos.
 AND. Tan pronto?
 CRIST. Nos vamos ya, Teresa?
 TER. Es preciso; ya debemos terminar el paseo, porque el señor nos espera.
 CRIST. Obedezco.
 TER. (bajo á Andrés y deslizándole un billete.) Tomad y sed discreto.
 AND. Un billete!
 TER. Silencio!
 CRIST. Vamos?
 TER. Vamos.
 AND. Nos volveremos á ver, no es cierto?
 CRIST. Todos los dias, á esta hora, vengo con Teresa á las Tullerías.
 AND. Oh! No faltaré. Pero antes de separarnos, prometme...
 CRIST. Os prometo que nunca seré de otro.
 AND. Hasta mañana, Cristina.

TER. (Sí, hasta mañana!... Ya lo verás.) (Al retirarse las dos mujeres, entra Hector; Raymond que le vé, hace una señal de impaciencia y se retira.)

ESCENA VIII.

ANDRÉS, HECTOR.

HECT. Calla! Qué veo! Señales de inteligencia... Parece que la paloma no hace ascos á este gabilan...

AND. Un billete! Es singular... Qué podrá decirme...?

HECT. Un billete! Escuchemos. Los amantes y los locos hablan siempre á voces...

AND. Cielos! Una cita!

HECT. Una cita!

AND. (Leyendo.) Si quereis ver otra vez á la mujer que amais, encontraos esta noche á las diez cerca de la iglesia de San German, y os conduciré á su lado. Qué felicidad! Volveré á verla! Oh. No faltará á la cita.

HECT. Yo estaré antes que tú. Ah! Bella desdenosa, ya verás quién soy yo! (Váse.)

ESCENA IX.

ANDRÉS, RAYMOND.

AND. Padre mio! (Ah! La felicidad me habia hecho olvidarme de él.)

RAY. Lo he visto todo. Esa dueña te ha dado un billete.

AND. Sí; soy muy dichoso. Cristina me espera esta noche á las diez?

RAY. A las diez?

AND. Qué corazon! Qué tesoro de gracias y de hermosura!

RAY. Cómo! De quién hablas?

AND. De ella; de esa jóven á quien amo hace tiempo.

RAY. La amas...?

AND. Perdóname que te haya ocultado el secreto de mi amor... Hasta hoy no he sabido que ella me corresponde. Hasta hoy no han entrado en mi alma la esperanza y la alegría.

RAY. Cielos! Pero sabes quién es esa jóven?

AND. Una huérfana, tan pura como hermosa, la pupila del médico alemán Muller.

RAY. Desgraciado! Esa mujer á quien amas; esa mujer que te hace tan feliz con su presencia, es...

AND. Quién?

RAY. La cómplice de un miserable; de un antiguo compañero de cadena...

AND. Gran Dios! Qué decis?

RAY. Es la que buscamos, es la Sirena de París!

AND. Ella! Cristina...! Ah! Dios mio! Por qué la he amado tanto?

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

CUADRO PRIMERO.

Una calle.—En el fónido la iglesia de San German.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

HECTOR.

HECT. Heme aquí! Heme aquí! Esta es la calle consabida...

Aquella la iglesia de San German...! Valiente calabera soy! Usurpar una cita á un rival, y vengarme de la cruel que ha desdeñado mi mérito! Páreceme que para un hidalgo de provincia, la farsa es excelente. Con tal de que vengan á buscarme antes de que el otro llegue... Oh, Cupido, rey y señor de Citerea! Protégeme. Oigo pasos... Sí... Sí vendrán ya á buscarme?

ESCENA II.

HECTOR, TRES LADRONES.

LAD. Un transeunte extraviado! Este es nuestro negocio. (Llamando á sus compañeros.) Chist!

HECT. Esto es una señal. Sin duda me llaman á mí. Contestemos. Chist! Ya me ha oido, ya se acerca.

LAD. (Un caballero. Debe traer dinero y reloj. Adelante.)

HECT. Calla! Son dos... No, que son tres. Aquí estoy. Me buscáis á mí?

LAD. Qué?

HECT. Os espero.

LAD. Bah!

HECT. Ya era mucha mi impaciencia.

LAD. Tiene prisa el Sr. Marqués?

HECT. Vamos, conducidme.

LAD. (Por quién diablos nos toma este belitre?)

HECT. Qué esperais? Vamos.

LAD. Vamos.

ESCENA III.

RAYMOND, SU CRIADO y algunos soldados con capa.

RAY. Al fin hemos llegado.

CRiado. Qué debemos hacer?

RAY. Andrés no puede tardar en venir, y esa maldita mujer tampoco tardará.

CRiado. La dueña?

RAY. Tanta gente podria infundir sospechas; diseminamos por las calles inmediatas, mientras yo observo; y á una voz mia...

CRiado. Comprendido.

RAY. Estais todos armados?

CRiado. Hasta los dientes.

RAY. Está bien. Tu vé á casa de Mr. de la Reynie y que envíe refuerzo. Que cerquen el barrio. Date prisa.

CRiado. Volando.

RAY. En vano quiero tranquilizarme con las precauciones que he tomado... Ni aun mi presencia me dá confianza. Oh! Nada tranquiliza el corazon de un padre! Se oyen pasos... Marchaos, pronto!

ESCENA IV.

RAYMOND, ANDRÉS Y FRITZ.

AND. Heme aquí en el lugar de la cita. Animo! Procuremos olvidar los sufrimientos de mi corazon. Esa mujer á quien tanto amaba, no será mas que una miserable. Qué me importan los peligros que voy á correr? Con tal de que entregue á la justicia los asesinos que hacen temblar á París, y devuelva el honor á mi padre, moriré satisfecho.

RAY. Morir tú, hijo mio?

AND. Ah padre! Perdón. Soy muy desgraciado!

RAY. Olvida esa pasion indigna y funesta!

AND. Teneis razon; basta de debilidades. Me resta el amor de un padre, que es el único eterno; debo vivir y viviré para vos.

RAY. Si, piensa en mí; en mí, que á nadie tengo en el mundo; que he soportado el dolor, la miseria y el oprobio, por verte, por educarte. Pensarás en todo esto, y te defenderás, no es cierto, Andrés?

AND. Os lo juro. (Fritz aparece en el fondo.)

FRITZ. (Quiénes serán estos hombres?)

RAY. Llevas armas? Tienes espada? Te acuerdas de lo que te he recomendado?

AND. Sí; disparar un tiro en el momento del peligro.

RAY. Eso nos servirá de señal. En seguida acudiremos en tu socorro.

AND. Descuidad, que no lo olvidaré.

FRITZ. (Qué dicen?)

RAY. Cuanto mas se acerca el momento, mas crecen mis temores.

AND. Pensad en las desgracias que horrorizan á París, en la desesperacion de diez familias. Podemos dejar sin castigo tantos crímenes?

FRTZ. (Es un complot contra nosotros.)

RAY. Sí, dices bien; es un deber, una misión sagrada la que vas á cumplir. Puede llegar gente... abracémoslos.

AND. Padre mio!

RAY. Siento pasos. (Separándose de Andrés.) Una limosna por amor de Dios!

ESCENA V.

Dichos, TERESA con una linterna.

TER. Allí distingo á un hombre... Dede ser él. Sois vos, caballero?

AND. Sí.

TER. Os he reconocido á primera vista. Ya veis que soy puntual.

AND. Cierto.

FRTZ. No puedo avisar á Teresa...

TER. Os esperan. Seguidme.

RAY. (Acercándose.) Una limosna por amor de Dios!

TER. Buena hora de implorar la caridad pública! Váyase el descamisado.

AND. Dejad. La limosna trae felicidad á quien la hace. (Bajo.) Adios, padre mio!

RAY. Animo! Dios os lo premie.

TER. Venid.

AND. Vamos.

ESCENA VI.

RAYMOND, FRITZ.

RAY. Ahora sigámosle.

FRTZ. (desnudando un puñal.) (Si se aleja, todo es perdido.)

RAY. Y que Dios nos proteja. (Fritz le hiere por la espalda con el puñal.) Ah miserable! Andrés! Hijo mio! Vuélvete! Vuélvete! (Cae entre los bastidores; vé venir á Hector en mangas de camisa.)

ESCENA VII.

HECTOR.

HECT. Ah pícaros, tunantes! Se han llevado todo, menos los pantalones... Y tambien hablaban de llevárselos... Malvados! Pillos...! Cuando yo creia asistir á una cita de amor, caigo entre una orda de foragidos! Quitémonos pronto de enmedio, no vaya á darme una pulmonia. (Raymond suspira.) Qué es eso?... Un hombre herido, moribundo... Zape! Me vuelvo á Bretaña, y renuncio á las conquistas.

CUADRO SEGUNDO.

El hotel del *Diablo*; vestíbulo con escalera á la derecha, que conduce á una galería. En el fondo un patio. A la izquierda la puerta de una cueva. Aspecto siniestro; paredes agrietadas. Una lámpara, que pende de la bóveda, alumbra el vestíbulo.

ESCENA PRIMERA.

MULLER, ARMANDO; despues FRITZ.

Armando con el traje que tenia en el acto primero, pero sin espada, sentado en un banco, parece indiferente á lo que pasa.

MUL. (Mucho tardan esta noche Teresa y Fritz. No estoy tranquilo desde que sé que Pedro Raymond está protegido por el subdelegado... Es preciso que mañana

mismo partamos para Lóndres. Cristina, que sin saber nada, es nuestra cómplice, aun puede sernos útil.) Habéis reflexionado? Estais decidido á aceptar mis condiciones?

ARM. Vuestras condiciones!... Un robo, no es esto?

MUL. Vais á firmarme un bono de treinta mil libras contra vuestro notario, y pagaderos á la vista. Además, os comprometereis por vuestra fé de cristiano y caballero, á no revelar nada que pueda comprometeros. Solo á ese precio obtendreis la libertad.

ARM. Yo transigir con miserables asesinos! Hacerme en cierto modo cómplice de vuestros crímenes! Imposible!

MUL. Pensad, señor marqués, que teneis madre.

ARM. Ya os he prohibido pronunciar ese nombre. Mi madre me despreciaría si cediese á vuestras amenazas. Prefero sus lágrimas á su desprecio.

MUL. Luego rehusais?

ARM. Rehuso.

MUL. Preferís la muerte á?...

ARM. A una infamia.

MUL. Gente llega... Entrad en la cueva hasta que yo decida de vuestra suerte. (Armando se retira.) Fritz, viene muy agitado... ¿Qué pasa?

FRTZ. Por poco mas nos descubren.

MUL. Cómo?

FRTZ. Raymond estaba sobre la pista, y nos tendia un lazo en el que hubiéramos caido.

MUL. Qué decia yo!

FRTZ. Por fortuna he frustrado sus proyectos, y he puesto á nuestro hombre en estado en que no podrá seguirnos.

MUL. Cómo?

FRTZ. Le he matado, y he tomado la delantera para advertiros...

MUL. Silencio!

FRTZ. Es Teresa. Viene por la puerta que da á la calle-juelana y nos trae una nueva presa... que ya!

MUL. Observemos.

ESCENA II.

ANDRÉS, TERESA; Andrés trae vendados los ojos.

TER. Ya hemos llegado. Quitaos el pañuelo.

AND. A dónde me habeis traído?

TER. Al lado de vuestra bella. Esperad; dentro de algunos instantes vendré á buscaros para conducirlos á sus pies. (sube la escalera, y se va en la misma direccion que Muller.)

ESCENA III.

ANDRÉS.

AND. Sí, comprendo!... Va á buscar á sus cómplices. El lazo está hábilmente tendido. Que vengan, les espero. (óyese ruido en la escalera.) Ellos son sin duda. Cielos! Cristina?

ESCENA IV.

ANDRÉS, CRISTINA.

CRIST. (No me atrevo á avanzar! Qué lugar tan sombrío! A dónde me ha conducido ese corredor misterioso? A pesar mio, tiemblo. Si pudiera hallar mi cuarto... Veré...)

AND. Cristina!

CRIST. Andrés! Vos aquí?

AND. No me esperábais? No sabiais que vendría aquí?

CRIST. Yo? No; pero vuestra presencia me tranquiliza, y soy feliz, muy feliz con veros.

AND. No me esperábais esta noche? Pues y aquella carta?... Aquella cita...

CRIST. Una carta! Una cita!... Ignoraba hasta la existencia del sitio en que nos hallamos.

AND. Entonces, cómo estais aquí?
 CRIST. Ayer vi que mi tutor hacia jugar un resorte oculto de su biblioteca, y abrir paso á un corredor misterioso. Viéndome esta noche sola, quise saber á dónde conducia; obedecí á un sentimiento que yo creí curiosidad, que sin duda era un instinto de mi corazon.
 AND. Hablais de corazon!
 CRIST. Y lo dudais? No os he dejado leer en él? No habeis sorprendido el secreto de mi amor?
 AND. Es ya demasiada perfidia...
 CRIST. Qué decis?
 AND. Digo, que sé la verdad; que conozco el lazo que se me tendia, y en el cual han caido tantos infelices.
 CRIST. Qué significa!... No os entiendo!
 AND. Miserable criatura!
 CRIST. Yo!
 AND. Sí, vos, á quien el cielo ha dado la hermosura de un ángel, y el corazon de un demonio! Vos, cuya mirada, cuya sonrisa hace verter á torrentes la sangre y las lágrimas. Sois en verdad la Sirena, la Sirena que fascina y que mata.
 CRIST. Andrés, perdeis la razon! Os escucho y no puedo comprender vuestras palabras.
 AND. Dejádme, infame, dejádme! Escusad vuestras inútiles mentiras. Yo no os creo.
 CRIST. Mi razon se estravía... Cómo os podré convencer? Dónde hallar palabras que lleguen hasta vuestro corazon? Oídme por piedad. Ignoro de qué crímenes me hablais; pero si en realidad existen, soy inocente.
 AND. Quisiera creerlos á costa de mi vida!
 CRIST. Os juro que soy inocente, y que os amo.
 AND. Oh! La mentira no puede tener ese acento. Cristina, os creo!
 CRIST. Ya puedo morir! Venga el peligro y lo compartiremos.
 AND. No, tú vivirás.
 CRIST. Huyamos, huyamos juntos.
 AND. Huir yo!... No... Este es mi sitio! Debo quedarme, y me quedaré.
 CRIST. Oh, por favor! Venid, venid. No tardemos.
 AND. No temas, Cristina, Dios nos protegerá.

ESCENA V.

Dichos, MULLER, FRITZ.

MUL. Cristina! Desgraciada! Cómo has descubierto mi secreto?
 CRIST. Ya lo ois, ya lo ois!
 MUL. Vas á pagar con la vida tu imprudencia.
 AND. (*desnudando la espada.*) Padre mio! Padre mio! A mí!
 MUL. Tienes miedo de un niño?
 AND. Un niño, que os hará retroceder. (*gritando.*) Padre!
 MUL. Tu padre ha muerto!
 AND. Muerto! (*Muller y Fritz se arrojan sobre Andrés y Cristina. Se oye un tumulto, y aparecen Raymond, sus agentes y demas personajes de la escena que sigue.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, RAYMOND, soldados, HECTOR, la MARQUESA, TERESA y la REYNIE.

RAY. Aquí estoy contigo!
 MUL. Raymond! Señora, vuestro hijo existe; héle ahí! (*Armando se arroja en brazos de la marquesa.*)
 RAY. El cielo me ha salvado la vida, para que pudiera ayudarte.
 HECT. Y gracias á Beaupignon.
 REY. Apoderaos de ese hombre y de sus cómplices.
 AND. Monseñor, os pido justicia para esta jóven. No es culpable; ignoraba los crímenes que aquí se cometian.
 REY. Inocente!
 AND. Os lo juro por Dios y por mi honor.
 REY. Dejád en libertad á esa jóven.
 HECT. En cuanto á mí, me vuelvo al pueblo.
 REY. Raymond, con la ayuda de vuestro hijo, habeis salvado á París de una banda de asesinos. En nombre de Luis XIV, en nombre de todas las madres...
 MARQ. Sí, de todas las madres!
 REY. Os doy gracias, y os concedo el perdon.
 AND. Padre, bendigamos al rey que te perdona.
 RAY. Sí, y á Dios que ha salvado tu vida!

FIN DEL DRAMA.

MADRID.

Imprenta de D. ANSELMO SANTA COLOMA,
 Dos Hermanas, 19, bajo.

1861.

ESCEÑA VII

And. Entonces, cómo estás aquí?
 Cast. Ayer vi que mi tutor había jurar un resaca oculto de su biblioteca, y al fin pasó a un corredor misterioso. Viéndome esta noche sola, quise saber a dónde conducía; obedecí a un sentimiento que yo era curiosidad que sin duda era un instinto de mi corazón.
 And. ¿Hablas de corazón?
 Cast. Y lo hablas? No os he dejado leer en él? No habéis sorprendido el secreto de mi amor?
 And. Es ya demasiada tardía...
 Cast. ¿Qué habéis?
 And. Digo, que sé la verdad; que conozco el taro que se me tendía, y en el cual han estado jugando infelices.
 Cast. ¿Qué estúpido!... No os entiendo!
 And. Miserable criminal!

ESCEÑA ÚLTIMA

And. Si vos, a quien el cielo ha dado la armonía de un ángel, y el corazón de un demonio! Vos, cuya mirada, cuya sonrisa hace volver a torrentes la arena y las lágrimas, sois en verdad la Sirena, la Sirena que fascina y que mata!
 Cast. Andrés, perdéis la razón! Os escuchó y no puedo comprender vuestras palabras.
 And. Desdame, infame, desdame! ¡Haced vuestras indolencias! Yo no os creo.
 Cast. Mi raxon se extravía... ¿Cómo os podré convencer? Dónde hallar palabras que lleguen hasta vuestro corazón? ¿Dónde por qué? ¿Dónde de qué crímenes me hablais? Pero si en realidad existo, soy inocente.
 And. ¿Quisiera creeros a costa de mi vida?
 Cast. O juro que soy inocente, y que os amo.
 And. Ojalá la muerte no puede tener ese acento. Cristina, os creo!
 Cast. ¿Y puedo morir! Venga el peligro y lo compartiré.
 And. No, no viváis.
 Cast. Hoyamos, hoyamos juntos.
 And. ¡Huir vol... No... Este es mi sitio! Debo quedarme, y me quedare.
 Cast. Ojalá por favor! Venid, venid. No tardemos.
 And. No temáis, Cristina, Dios nos protegerá.

FIN DEL DRAMA

MADRID.

Imprenta de D. ANSELMO SAINA COLOMA.

Por Fernando, 19, bajo.

1861.

